

hubo de variar sus ideas seculares de fidelidad a la Monarquía, ante el torbellino liberal y revolucionario de unos cortos años que fueron menos caóticos que los que proporcionó el séptimo Fernando en sus años de gobierno absolutista. Indicado por su profesor como hábil narrador de cuentos, fué invitado el Dr. Palarea a asistir a la tertulia de D. Fernando. Todas las noches, en una de las habitaciones del príncipe de Asturias se reunían gran cantidad de personas de todos los matices. Desde el duque de S. Carlos y el preceptor Escoláquiz—traductor de Young—, hasta el oscuro chulo o majo madrileño, cuando no el bronco peruano y futuro Deán de Murcia, D. Blas de Ostolaza. Allí se comentaban las últimas noticias políticas, acontecimientos sociales, diatribas y chistes malintencionados respecto al favorito y muy odiado Godoy. Silencioso, D. Juan Palarea asistía a aquella tertulia pensando en la llegada de la oportunidad deseada. Y así, una noche, acabados los comentarios sobre los sucesos cotidianos, el príncipe D. Fernando rogó al médico Palarea que narrara alguno de sus cuentos porque sentían todos curiosidad de ver aquella habilidad que tenía en sus exposiciones y de la que tantos elogios había hecho su profesor noches antes.

Agudizando el ingenio, dispuesto a salir airoso de la encrucijada en que se encontraba y de la cual dependía la seguridad o inseguridad de su porvenir, puesto que era necesario ganar la simpatía del príncipe, Palarea dedicó largo tiempo a narrar algunos cuentos, todos ellos con mucha gracia y abundancia de ingenio. Pero pudo ser observado que, cuento tras cuento, todos ellos acababan con la misma moraleja: la extrema necesidad a que llegan los que buscando oficio o puesto donde ganarse la vida, sin ellos se encontraban. La insistencia de la moraleja llamó la atención del futuro Fernando VII que, vivo de ingenio, aunque falto de muchas cualidades viriles, se percató de que existía una segunda intención en el relato de aquellas historias. Preguntado y rogado Palarea a que aclarara aquellos finales de sus narraciones, acabó por exponer la realidad de su existencia y su deseo de lograr el favor del príncipe para encontrar una colocación de médico con que ganarse su sustento.

Interesado por el despierto ingenio del galeno y la solicitud de su profesor por lograr el favor apetecido, D. Fernando prometió buscarle la colocación deseada. Pero encontró una grave dificultad y fué la de que el Príncipe de la Paz había dispuesto de todas las plazas apetecibles y sus relaciones con él eran por entonces un tanto violentas. Sólo existía vacante la plaza de médico de Villaluenga de la Sagra, con escasísimo sueldo

